

Palabras pronunciadas por el licenciado Lenier González Mederos, vice-editor de **Espacio Laical**, durante la presentación al panel con motivo del 50 Aniversario del Congreso Católico Nacional, celebrado en la diócesis de Santa Clara, del 20 al 22 de noviembre de 2009.

Agradezco al padre Blas Silvestre, coordinador de la Comisión de Cultura de la diócesis de Santa Clara, su invitación a participar como moderador de este panel con motivo del 50 Aniversario del Congreso Católico Nacional. Debo confesar públicamente que, en un principio, la invitación me sorprendió y me preocupó: es por ello que me permito este pequeño preámbulo antes de ceder la palabra a los panelistas. Pienso que toda reflexión sobre el evento que nos ocupa debe ser acometida con altas dosis de responsabilidad, serenidad y espíritu crítico. Sin poner por delante estas tres condicionantes, creo que en el orden personal nunca me enroldaría en semejante empresa. Resultaría injusto e irresponsable de mi parte “jugar” con las heridas recientes de nuestra historia.

La celebración del Congreso Católico Nacional debemos verla en el contexto de una de las etapas más problemáticas de la historia reciente de Cuba. En ese período, que abarca desde finales del año 1959 hasta 1965 aproximadamente, asistimos al resquebrajamiento del consenso en el seno de las fuerzas revolucionarias que habían dado al traste con la dictadura de Fulgencio Batista. No es este el espacio para abordar la variedad de causas que condicionaron esa ruptura, pero sí creo oportuno afirmar que la mayoría de los diferendos y fisuras que se dan en esos años ha marcado dolorosamente la historia de la nación, al punto de que muchos de los antagonismos políticos del presente tienen su génesis en este período. El fuerte diferendo Iglesia Católica-gobierno revolucionario luego de 1959 -atenuado en el presente como consecuencia de un inteligente camino de diálogo político emprendido por ambas instancias, que cobró nuevos bríos luego de la Reforma Constitucional de 1992- tuvo su origen en esos años.

Vencedores y vencidos han brindado a la nación sus visiones particulares sobre lo acaecido. El resultado ha sido un crispado forcejeo simbólico que ha pretendido capitalizar la memoria histórica de la nación. Se ha tratado, en la práctica, de una feroz “guerra de la memoria”: lo que para unos fue una “lucha contra bandidos y mercenarios”, para otros constituyó la última “guerra civil” de la historia de Cuba, librada en contra “del comunismo”. La lucha de los actores sociales de la nación, de un lado a otro del espectro político, por afianzar su legitimidad política en el presente, los ha llevado a escamotearse mutuamente su legitimidad histórica en el pasado.

En ese conflicto nacional se involucraron amplios sectores del laicado católico. Aún está pendiente una investigación, seria y profunda, sobre la participación en el mismo de la Agrupación Católica Universitaria (ACU) y de la Acción Católica. Los “agrupados”, por ejemplo, dotados de una peculiar dinámica organizativa, le imprimieron al movimiento opositor un gran dinamismo y le brindaron sus mejores cuadros. De esta manera se constituyeron en uno de los actores decisivos en el conflicto. Esa lucha abarcó campos y ciudades, movilizó a miles de jóvenes en uno y otro bando, y conectó a parte de los implicados con la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y con otras altas instancias del gobierno norteamericano. En su importante libro-entrevista *Cien Horas con Fidel*, Ignacio Ramonet pone en boca del ex-presidente cubano un dato que ilustra el dramático saldo de ese conflicto: esa lucha pobló las cárceles cubanas con 15 mil presos políticos. Y de cientos de muertos, mutilados y desaparecidos.

¿En qué medida el Congreso Católico Nacional contribuyó o no a acelerar ese clima de crispación y polarización que poseía la sociedad cubana en aquel momento? ¿Fue el Congreso uno de los preludios del gran conflicto nacional posterior? ¿Hasta qué punto la cultura política de los jóvenes de la década del 50 contribuyó a profundizar ese conflicto? ¿El laicado católico de la época compartía esa cultura política tan vinculada a la violencia? ¿En qué medida se sumaron los líderes de la Acción Católica y de la ACU (implicados en la organización del Congreso) a la lucha urbana y de guerrillas en el Escambray en la etapa posterior? ¿Qué sectores de la burguesía nacional, ajenos tradicionalmente a la Iglesia Católica, trataron de utilizar el acontecimiento para contraponerse al gobierno revolucionario? ¿Qué dinámicas se impusieron en la negociación que tuvo lugar entre sectores del laicado y la jerarquía católica para la materialización del Congreso? ¿Los organizadores del Congreso intentaron dialogar con los diferentes actores sociales de la época o, en cambio, intentaron imponer su visión al resto de la sociedad? ¿Cómo influyó el contexto de la Guerra Fría?

Estas son solo algunas preguntas que saltan en mi mente, una y otra vez. Para un acercamiento a esta etapa es imprescindible la lectura de la obra del investigador cubano Jesús Arboleya, en particular de su texto mayor: *La contrarrevolución cubana*. Asimismo, resulta de gran utilidad el *Dossier* del No. 39 de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana* -coordinado por Rafael Rojas, historiador cubano exiliado en México- que lleva por título “La primera oposición cubana”. Además, en ese mismo camino, es meritorio el acercamiento realizado por la revista *Temas*, dirigida por Rafael Hernández, que en números recientes publicó las opiniones de Manuel Ray y Reynol González -líderes opositores de la época- y del general Fabián Escalante, fundador y jefe, durante muchos años, de los Servicios de Contrainteligencia del Ministerio del Interior de la República de Cuba.

En el orden personal creo que el conflicto nacional acaecido entre 1960 y 1965 está pendiente de un estudio más profundo, objetivo y desprejuiciado, que además haga uso de un instrumental teórico renovado. Es este un inmenso desafío intelectual que debe ser asumido con pasión por las nuevas generaciones, responsables de reconciliar la memoria histórica de la nación. A 50 años de la celebración del Congreso Católico Nacional se impone el destierro de toda exaltación acrítica del mismo. Mirada eclesial, espíritu crítico, amor a Cuba y responsabilidad, creo yo, deben tener en este momento, y en el futuro, la última palabra. Por el bien de Cuba y de la Iglesia. Muchas gracias.

